

pozo, que es a nuestro gran trabajo; ú con noria y arcaduces, que se saca con un torno (yo la he sacado algunas veces), es á menos trabajo que estotro, y sácase más agua; ú de un río o arroyo, esto se riega muy mejor, que queda la tierra más harta de agua, y no se ha menester regar tan á menudo, y es menos trabajo mucho de hortelano; ú con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho.»

Y, forzados por el vigor mismo del símil que se impone, digamos que su estilo es también a modo de unos de aquellos límpidos arroyos, tan frescos, tan puros y cristalinos; es «agua de grandes bienes y mercedes».

Nace en su *autobiografía*, de una sencillez y sinceridad absolutas, y es un tanto descuidado en su construcción, a veces de una redundancia y ampulosidad un tanto confusas, dentro de su genial naturalidad. Es, todavía, el arroyo sin cauce, aunque lleve ya en sí toda la maravillosa potencia creadora que ha de explayarse después.

En el *Camino de perfección*, el cauce se amplía: ya está aquí para sus monjitas, pero al alcance de todos, iluminado con místicas pinceladas realmente extraordinarias, todo un tratado práctico y llano de su admirable doctrina. Es quizá el libro por medio del cual se llegue mejor al conocimiento de la Santa.

Y, por último, en *Las Moradas*, el caudal ha adquirido ya toda su riqueza. Es ésta su mejor obra, compuesta en plena madurez es-

piritual (1577). El agua de la Gracia habíala ya anegado por entero: el caudal es inmenso, infinito. Aunque, como siempre, se muestra indiferente por los aspectos literarios, como ella misma dice cuando lo escribió: «sabía más el platero de su arte que en los libros anteriores».

Todo cuanto se va diciendo de sus tres libros capitales puede decirse también de las otras producciones de la pluma de la Santa Doctora: su *Crónica* de las fundaciones, su librito a los PP. Provinciales para ilustrarles en las visitas canónicas a sus Descalzas—donde se ve, además de un gran ingenio, la experiencia madura que había adquirido en el arte de gobernar—y todos los demás escritos, las poesías y esa joya deslumbrante que es su copiosa correspondencia epistolar.

Nadie podrá dar una mejor visión de conjunto que aquella de Fray Luis de León en su carta a la Madre Ana de Jesús y a las Carmelitas Descalzas de Madrid, en la que dice, hablando de los escritos de la Santa:

«En los cuales sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo que la madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desaseitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.»

